

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN.
Pesetas y Cts.
1 las Baleares, trimestre. 1'25
provincias. idem. 1'50
Ultramar y Extranjero. . . 3
Número suelto. . . 0'10
Todos los pagos anticipados
ADMINISTRACIÓN
Conquistador, 30.

La Tradición

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN
En la Administración y en la
Líberia de los Sres. Amengual
y Muntaner, Cadena
ANUNCIOS
En la 4.ª plana á precios re-
ducidos.
REDACCIÓN
Constitución, (esquina S. Jaime)

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

—❖ DIOS ❖— —❖ PATRIA ❖— —❖ REY ❖—

NAVIDAD

En fecha tan solemne como la de mañana, que todas las familias cristianas solemnizan de manera harto elocuente rindiendo tributo á augustos recuerdos y santas tradiciones, la redacción de LA TRADICIÓN tiene especial gusto en felicitar á todos sus amigos, suscriptores y lectores, animándoles en tal solemnidad á hacer votos con nosotros para que en día no lejano pueda salir de las alturas del poder de esta desgraciada patria, hoy empobrecida y desacreditada gracias al ateísmo liberal que nos oprime y des gobierna, el sublime cántico con que los ángeles saludaron la venida del Mesías: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

*
**

Además debemos manifestar á todos los suscriptores que á principio de año nuevo estén al corriente de sus pagos, que les obsequiaremos con un importante regalo, cual es el de un ejemplar del célebre *Catecismo del carlista* por el perseguido y sabio P. Domingo Corbató, obra que en tiempos conservadores fué secuestrada y procesada en Bilbao, y cuyo valor es de 1'50 pesetas ejemplar.

LA REDACCIÓN.

Voltaire y sus admiradores

Un personaje ilustre, filósofo profundo, á cuyo claro talento unía un corazón noble y generoso, el conde José de Maistre, ocupándose en una de sus obras inmortales del impío Voltaire, se expresa en estos términos: «No puedo sufrir lo que se dice sobre la universalidad de conocimientos de Voltaire. Es nulo en la oda, y nadie puede admirarse de ello, porque la impiedad resuelta había matado en él la llama divina del entusiasmo. Es también nulo y aún ridiculo en el drama lírico, porque su oído estaba cerrado absolutamente á las bellezas del arte. Aun en los géneros que más analogía presentan con su talento natural, sólo puede arrastrarse. Es menos que regular, es frío, y con frecuencia pesado y grosero en la comedia, porque la maldad no puede tener vis cómica. Por la misma razón no pudo hacer un epigrama. Su hiel era tanta, que no pudo vomitarla en menos de cien versos. Si se ensaya en la sátira, cae en el libelo; es insoportable al hablar de Historia á despecho de su arte y de la elegancia de su estilo, porque ninguna cualidad puede reemplazar á las que le faltan y dan vida á la Historia, como son la gravedad, la dignidad, la buena fe.

«¿No habéis notado que el anatema divino está escrito en su fisonomía? Aún hoy, después de tantos años, se puede hacer esa experiencia. Id á contemplar su retrato. Yo siempre que le miro, me felicito de que ese retrato no haya sido transmitido por ningún pincel griego, que hubiera sabido fijar en él algo de ideal. En ese retrato todo es positivismo. Reparad en aquella frente abyecta que nunca enrojeció el pudor; en aquellos dos cráteres apagados, en los que aún parece hervir la lujuria y el odio. Reparad en aquella boca, digo mal, en aquel rasgado espantoso que se cruza de una á otra oreja, y en aquellos labios á los que la cruel malicia convirtió en una especie de resorte dispuesto siempre á abrirse para soltar la blasfemia y el sarcasmo. No me habléis de ese hombre, no puedo sufrirlo. ¡Cuánto mal nos ha hecho! Semejante á ese insecto, azote de los jardines, que sólo muerde la raíz de las plantas más preciosas, Voltaire con su aguijón picó las dos raíces de la sociedad: las mujeres y los jóvenes, en los que inculca su veneno, transmitiéndolo de generación en generación.

«Voltaire no puede alegar como tantos otros la juventud, la inconsideración, el atractivo de sus pasiones, y en fin las flaquezas del hombre. Nada le absuelve; su corrupción es de un género que sólo á él pertenece; es una corrupción que está arraigada en las últimas fibras del corazón, y se fortifica con todas las fuer-

zas de su entendimiento. Aliadas siempre al sacrilegio, desafía á Dios al perder á los hombres. Con un furor que no tiene ejemplo, ese miserable blasfemo se llega á declarar el enemigo personal del Salvador del género humano; desde el fondo de su nada se atreve á darle un nombre ridiculo, y á esa Ley adorable que el Hombre-Dios trajo á la tierra la llama infame. Abandonado de Dios, que castiga retirándose, ya no conoce freno. Ha habido cínicos que han podido pasmar á la virtud; Voltaire, pasma al mismo vicio. Se arroja en el fango, se revuelve en él, se llena de él, entrega su imaginación al entusiasmo del infierno, que le da todas sus fuerzas para llevarle á los últimos límites del mal. París coronó á Voltaire; Sodoma tal vez le hubiera desterrado. Cínico profanador de la lengua universal, último de los hombres, después de los que le aman. ¿Cómo podré pintar lo que Voltaire me hace sentir? Cuando considero lo que pudo hacer y lo que ha hecho, su talento me inspira un furor santo que no tiene nombre. Suspenso entre la admiración y el horror, algunas veces quisiera levantarle una estatua.... por mano del Verdugo.»

He aquí la sentencia que contra el implacable enemigo de nuestro adorable Salvador, ha fulminado, con toda la autoridad de su genio, de su carácter, de sus virtudes, el gran filósofo cristiano, el gigante de principios de este siglo.

Voltaire, para todos los que sienten latir un corazón verdaderamente cristiano, será siempre considerado como uno de esos monstruos abominables, cuyo solo nombre inspira horror y espanto. No puede, no, llamarse católico verdadero el que no sienta hacia ese miserable blasfemo, esa aversión, esa repugnancia natural é invencible, que siente todo buen hijo contra el que se erige en calumniador y enemigo de una madre tierna y cariñosa.

Voltaire, durante su larga y criminal existencia, fué el enemigo feroz é irreconciliable de la Iglesia de Jesucristo; contra ella disparó siempre sus envenenados dardos, y el destruirla y deshonorarla era su bello ideal, su sueño dorado.

Eso no obstante, nuestros flamantes republicanos, esos hombres que como nosotros han sido regenerados con las aguas del bautismo, y que se indignan y protestan cuando en nuestras polémicas ponemos en duda su catolicismo, lejos de sentir hacia Voltaire la menor antipatía, se muestran sus más entusiastas admiradores, ponen sobre las nubes su genio y talento, tienen en sus gabinetes su retrato y leen con avidez y verdadera fruición sus execrables producciones. Para esos imbéciles, nada valen, nada significan los nombres ilustres de Bossuet, Fenelón, Bonafé, Chateaubriant, Balmes, Donoso Cortés y los de otros apologistas del Catolicismo, eterno esplendor de la Historia. Sólo Voltaire es la personificación verdadera del genio y del talento; sólo Voltaire es el gran filósofo y la hermosa figura que brilla en el cielo de la virtud y de la ciencia. Observadles y veréis como le imitan perfectamente en la calumnia y hasta en el gesto y en el sarcasmo. Leed sus escritos y en particular los que se dirigen contra la Religión y sus sagrados ministros, y en todos ellos veréis las befas indignas, las chacotas infames y las sacrilegas bufonadas que empleaba Voltaire en sus impías producciones.

¡Y á pesar de todo eso se atreven muchos de esos infelices á llamarse católicos, y no se avergüenzan algunos de proclamar muy alto que la Iglesia de Jesucristo no cuenta con hijos más amantes y cariñosos! ¡Sarcasmo horrible! La sangre se agolpa al corazón al ver tanto cinismo, tanta hipocresía.

Y no se crea que ese culto, que esa veneración profunda que nuestros republicanos consagran á Voltaire, reconozca por causa, como ellos aseguran, el amor que éste profesara al pueblo; pues Voltaire, lejos de ser el amigo del pueblo, fué su más cruel y encarnizado enemigo. El pueblo, según él, era una vil canalla á la que debía tratarse como á *carne de perro*. Voltaire si fué un miserable adulator de toda clase de tiranos, á cuyas plantas se arrastró siempre, cual inmundo y asqueroso reptil. Cuando se llevó á cabo el inicuo reparto de la infeliz Polonia, Voltaire celebró con transportes de alegría tan triste acontecimiento; y en tanto que escribía á sus dignos amigos Federico de Prusia y Catalina de Rusia entusiastas felicitaciones, lanzaba brutales sarcasmos contra los caballeros franceses que, llenos de fe y abnegación, se disponían á defender con sus espadas la independencia de aquella hidalga y católica nación.

Eso no lo ignoran nuestros republicanos porque saben perfectamente todos los hechos de la vida de su ídolo; y no obstante cuando los volterianos de París concibieron la idea de levantar una estatua al insolente blasfemo, al verdadero enemigo de las clases desvalidas, escuchalo bien ¡pueblo querido! esos hombres que te adulan, aplaudieron frenéticamente tan infame proyecto, y contribuyeron á su realización con cuantiosos donativos.

Este hecho lo retrata y pone de manifiesto la fe y religiosidad de esos corifeos del ateísmo y de la revolución social, que aspiran nada menos á regir los destinos de la católica España, de esa nación hidalga y generosa que, cuando se inspiraba en las máximas sublimes del Evangelio, marchaba con la bendición de Dios, era soberana de dos mundos y la tierra de los santos, de los héroes y de los grandes hombres.

Aprende, pueblo honrado y laborioso, á conocerlos; no te dejes seducir por sus mentidas promesas; cierra tus oídos á esas soeces y furibundas declamaciones que continuamente están lanzando contra todo cuanto hay de santo y noble en el corazón del cristiano; no te apartes jamás de esa Religión augusta que santifica el trabajo, la pobreza, y da al hombre dignidad, moral pura y dicha en cuanto cabe en esta vida mortal.

Y en esos días que la Iglesia santa con sus augustas y bellísimas ceremonias celebra el glorioso aniversario del nacimiento de nuestro amantísimo Salvador, fortifica tu fe y piedad y rinde el homenaje de tu amor y reconocimiento á Aquel que viendo á la humanidad sumida en las tinieblas de la ignorancia y en la degradación del vicio, llevado de su amor infinito, abandonó en cierta manera las mansiones celestiales, vino á la tierra tomando carne mortal en el seno purísimo de María, nació en una pobre cueva y después de haber predicado la doctrina celestial, germen fecundo del verdadero progreso y de la civilización bien entendida, se ofreció á sí mismo en sacrificio voluntario para romper las cadenas que tenían

manecía en el interior de su reducida vivienda, entregada á la fabricación de la clásica calceta de agujas, y á cada exclamación de su hija y á cada observación de su futuro yerno, dejaba escapar algunas frases incoherentes que lo mismo podrían significar una amenaza que una blasfemia.

Momentos antes de las seis, un carruaje se detuvo á la puerta del palacio, del que bajó un caballero vestido de rigurosa etiqueta.

—¡El novio!—dijeron á un tiempo los dos amantes.

Poco después, una comitiva numerosa, en la que la mayor variedad de trajes y uniformes formaban un conjunto de difícil descripción, se dirigía á la próxima parroquia, donde un sacerdote uniría con el lazo indisoluble á la encantadora marquesa de la Calza con el distinguido duque de San Simón.

—¡La boda, la boda!—gritó Magdalena.—Venga V. pronto, madre, que van á subir á los coches y no podrá ver nada dentro de un momento.

—Déjame en paz—contestó la señora Petra.—maldito lo que me importa ni la boda ni los marqueses.

—¡Qué cosas tiene V., madre! ¿Qué culpa tienen nuestros vecinos de haber nacido ricos, ni menos aún de que nosotros seamos pobres?

—No tienen culpa, seguramente, pero esta desigualdad de clases, hija mía, me desespera, me produce verdaderos vértigos; me vuelve hasta insociable. Mira, chiquitina mía, mira; cuando reflexiono que hace un año ya que Juan podía ser tu marido, y que á pesar de su honradez y deser hijo de tan buenos padres, no ha podido trabajar un mes seguido ni ahorrar cuatro cuartos que importan los derechos del casorio; cuando miro que para lo más inútil tiran esas gentes cientos de pesetas, mientras que tú careces de lo más necesario; cuando oigo leer esos periódicos que necesitan la mitad del papel para la lista de los regalos y la otra mitad para llamar á la muchacha hermosa, encantadora, angelical, y á su futuro, el elegante, el distinguido, el aristócrata

y no sé cuantas tonterías más, mientras que el día que tu te cases no dirán una palabra ni los últimos repartidores; cuando me acuerdo que la iglesia, ese templo levantado para adorar al que predicó la igualdad, se ha colgado con ricos tapices, iluminado espléndidamente, y que el órgano lanzará melodiosas armonías porque entran en su recinto gentes adineradas, y que para tí no tendrían más velas que las dos del altar, y eso porque las encienden para la misa... vamos, hija mía, vamos, no hagas que saque á paseo la lengua, porque entonces se me va á escapar por la boca la única fuerza que me retiene aquí, y en cuatro saltos me pongo en la calle para desahogar toda la bilis que tengo en el cuerpo.

Juan intervino en este momento para decir:

—Todos no podemos ser iguales por muchísimas razones.

—¿Pues no aseguran que por tener un Padre común todos somos hermanos?

—¿Quiere usted que todos fuéramos ricos ó pobres?

—Claro está.

—Y si fuésemos todos pobres, ¿quién consumiría los productos de la industria que sólo están al alcance de los ricos?

—¡Toma, toma, toma! El remedio es sencillo. Con ser todos ricos estábamos en paz.

—Y entonces, señora Petra, ¿quién querría trabajar?

La buena mujer se encogió de hombros é hizo una mueca que parecía decir:—No sé qué contestarte, pero no me has convencido.

Mientras Juan y Magdalena volvían á la ventana para esperar el regreso del nuevo matrimonio, la Sra. Petra, aferrada á sus ideas y como último recurso, les decía:

—El regalo del novio consiste en un collar de brillantes tan claros, tan limpios, tan hermosos que bastaría venderlo para asegurar el pan de una familia. Busca trabajo, Juan, busca trabajo, á ver si ganas lo suficiente para regalar á

tu adorada Magdalena un collar como el de la marquesa.

No me ciega el cariño de madre, para asegurar que mi hija es mucho más hermosa que su vecina, pero con una alhaja de esa naturaleza había de parecer una diosa escapada de los cielos.

II

El primer día de Mayo del mismo año el primer día de este mes en que todo se hermosea al contacto de los rayos más claros y hermosos que el sol guarda entre su cabellera de fuego, nuestros conocidos Juan y Magdalena caminaban hacia la vecina iglesia, cuando apenas las sombras de la noche corrían presurosas, perseguidas por la luz de un nuevo día.

Media docena de convidados acompañaban á la feliz pareja.

Al regresar de la ceremonia verificada en un templo que, como la Sra. Petra predijo, estaba triste, desnudo y solitario, y en el momento en que al derredor de tosca mesa de pino se sentaban todos los concurrentes para saborear las tazas del popular chocolate, Juan presentó á la que desde aquel día había de ser su eterna compañera un ramo monumental de olorosas violetas.

—¿Es este tu regalo de boda?—preguntó la Sra. Petra no sin alguna ironía.

—Este es mi regalo,—contestó Juan. Bien hubiera querido que tuviese todo el valor que se merece la mujer á quien amo.

Mas ya que mi bolsillo no ha podido ponerse de acuerdo con mis deseos, por lo menos quise simbolizar con este ramo en lo que estimo á Magdalena. Modesta como la violeta, como la violeta bella, Magdalena es una flor que nace entre la humildad y la virtud. Estas florecillas nacen ocultándose entre humilde follaje en medio de los esplendores del campo. Mi obsequio es pobre, muy pobre; mas ¿quién puede adivinar si no tiene algún valor que se oculta á nuestra vista?

—¡Qué lástima—añadió la tía Petra—que las flores se marchiten! ¡Si viviesen tanto como los brillantes!

III

La Sra. Petra es mi lavandera. Todos los domingos viene á casa llevando sobre su cabeza un enorme saco de ropa y de la mano á una niña, un ángel de cuatro años, fruto de los amores de sus hijos.

Contóme un día esta historia, y lleno de curiosidad pregunté como vivían los dos matrimonios después de seis años de cadena conyugal.

—¡Ah, señorito!—contestó. El señor duque vive olvidando á la marquesa. Pasa los días entre sus amigos y amigas, y la noche en los círculos donde se juega, y no falta quien asegure que ha llegado á maltratar á su esposa.

La marquesa es una verdadera martir; profundas ojeras rodean sus ojos, que perdieron el brillo de tanto llorar. Vive rodeada de aduladores que no consiguen vencer su virtud, pero fue dan moivo á la murmuración y acaso á la calumnia.

Alguna vez la ví cruzar sus salones en los días que reciben, semejando una muerta á quien, para que tenga algún viso de vitalidad, colocaron un soberbio collar de brillantes en su cuello y cuyas piedras reciben más de una vez una gota escapada de sus ojos, y que debe ser amarga, muy amarga.

—¿Y los hijos de usted?—pregunté, viendo que había callado.

—¡Ah! muy bien.

Fué toda su contestación, mas en seguida y como respondiendo á un pensamiento íntimo, dejó escapar dos lágrimas que saltaron por sus rugosas mejillas, mientras que estrechando entre sus manos la linda cabecita de su nieta, estampó un beso en su frente exclamando:

—¡Hijita de mi alma!... Para tí no quiero brillantes. ¡Qué Dios te envíe el día de tu boda un ramo de violetas!

EDEA.

bre de la fraternidad; pero no queremos incurrir en un anacronismo por tan poca cosa. Fargeolles se amoldó á la palabra *compañerismo*; habló del champagne, de la ensalada de anchoas, y pronunció una oración en honor de los pasteles trufados.

—¡Caramba! prosiguió, somos doce, y esto es histórico, matemático y físico: á veinte francos por cabeza, podemos tener una comida régia! Esto es aritmético, y os aseguro que nos hemos de divertir en grande. Me encargo de todo; por de pronto declararé á madama Coquinot que queremos ser exclusivamente servidos por Juanita, que es una niña mas complaciente y mansa que el caballo de un trompetista.... En seguida iremos al café de La Planché; tomaremos nuestra taza de café, nuestra correspondiente copa de licor y magníficos habanos. Después alquilaremos caballos é iremos á merendar á Guipaváz. Dejarme que os dirija, amigos míos; ¡os haré pasar un día delicioso!.... Vamos á ver, ¿cuántos somos y quiénes? Yo.... yo.... y yo. Y yo también contestaron diez alumnos aprobando el programa de Fargeolles.

Ninguno de ellos tenía familia en Brest, y les parecía cosa muy natural solemnizar su primera salida gastando el sueldo del mes y mucho más, puesto que para la segunda salida tenían que esperar aún seis semanas.

—La señorita novata de San Novato,

Su madre le asió de un brazo y Egle del otro.

Ya Fargeolles y sus diez comensales lo revolvían todo en casa de Coquinot y hacían perder la cabeza á la desgraciada Juanita, cuando Carlos, vivamente conmovido, entró en la modesta mansión de su madre.

Tres tazas de porcelana de una exquisita limpieza, un tarrito de leche y un gran pedazo de manteca se hallaban dispuestos sobre la mesa.

—¡Mi buen Carlos! ¡mi buen Carlitos! ¡no te muevas! dijo Egle, ¡te lo prohibo hoy! ¡Estáte quieto!.... no te incomodes, quédate con mamá, que hoy me toca á mí servirte!....

Egle, con una alegría infantil, trajo inmediatamente tres panecillos y algunos terrones de azúcar.

—¡Azúcar blanco y panecillos empapados! exclamó. Te guardaba esta sorpresa.

Carlos sintió deseos de llorar.

Volvió á abrazar á su madre y después á su querida primita.

En este momento el osado Fargeolles atronaba con el torrente de su voz el comedor de la fonda de Coquinot.

—¡Y las anchoas, Juanita! ¡las anchoas! gritaba, si dentro de dos minutos no está aquí nuestra ensalada de anchoas, hermosa

empero muchas veces á pesar de todo bajo triste y débil.

—Madre mía, ya no subiré más á lo alto de los mástiles. Me privaré de estas emociones que, por ser demasiado vivas, entristecen mi corazón. Sin embargo, una sola vez á la semana, el domingo á la hora en que vais á misa, mi querida Egle, subiré; y como el pájaro que tiende su vuelo hacia el cielo, al vislumbrar que agitáis vuestros blancos pañuelos, diré: ¡son ellas!... Esto lo haré, querida madre, una sola vez á la semana; ya veis que no es mucho, y esto el domingo, para que la emoción que experimento no me distraiga en las horas de clase, y pueda escuchar bien la resolución que los profesores hacen de los problemas.»

Carlos de Pierremot explicaba después algunos detalles de su vida material á bordo, pero no decía una palabra de Fargeolles, ni de las persecuciones que éste le hacía sufrir. No se quejaba de nada, alababa al comandante y á los oficiales; y por último, les anunciaba la grata nueva de que el jueves siguiente pasaría todo el día á su lado.

Esta carta era un acto tal de valor que solamente el gran cariño que tenía á su madre le dió fuerzas para concluir, sin que pudiesen notar los grandes padecimientos que sufría.

Dulces y abundantes lágrimas hizo derramar

ANUNCIOS

BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA

REDACTADA POR LOS PRIMEROS ESCRITORES

de la *Comunión católico-monárquica*

Esta publicación mensual ilustrada que por los asuntos doctrinales, históricos y políticos, etc., en que se ocupa es indispensable á todos los carlistas, consta de un cuaderno de 128 páginas, papel superior, impresión esmerada, y se ofrece al público á 50 céntimos ejemplar, resultando tanto por la importancia de su texto como por la material una de las publicaciones más económicas de cuantas han aparecido.

También admite suscripciones por semestres y anualidades á tres y seis pesetas respectivamente.

Dicha Biblioteca, entre otras obras de indiscutible mérito y valor político que tiene en cartera, comenzará á publicar á partir del tomo XXIII correspondiente á Mayo próximo un *Tratado geográfico militar de España*, del distinguido escritor de Sevilla y ex-oficial de ejército D. Carlos Cruz Rodríguez, y un notable opúsculo sobre el partido carlista, obra de uno de nuestros primeros polemistas.

La Biblioteca Popular Carlista, que no siente más estímulo que el de la propaganda de los ideales tradicionalistas, ofrece como regalo á cuantos se suscriban por un semestre lo menos, dirigiéndose á la Administración, Claris, 123, pral., y paguen por adelantado, Corresponsal en Palma: D. Pablo Arbona, Brossa, 16.

6 tomos á escoger de los publicados

á escepción de los 2.º, 3.º, 5.º y 6.º, resultando de esta manera GRATIS la suscripción.

ADMINISTRACIÓN: CLARIS, 123, Pral, BARCELONA

LA TRADICIÓN

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

Se publica el sábado de cada semana con aprobación de la autoridad eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Ptas Cts.

Islas Baleares, trimestre.	1	25
Provincias, idem.	1	50
Ultramar.	3	
Número suelto	0	10

Todos los pagos anticipados.

Los puntos de suscripción son en Palma en la Administración de dicho periódico Conquistador, 30—y en la librería de los Sres. Anengual y Muntaner Cadena—2.

TARIFA DE ANUNCIOS

Los anuncios en la cuarta plana se pagarán á razón de un céntimo de peseta por cada palabra siempre que la letra no exceda del cuerpo diez.

Los suscriptores disfrutarán del derecho de una inserción de un anuncio gratis siempre que el contenido no ocupe más de 10 líneas del tipo del periódico.

La Administración estará abierta al público todos los días laborables de nueve á una de la mañana y de cuatro á seis de la tarde.

En todo caso los pagos serán por adelantado.

ARTÍSTICA OLEOGRAFÍA

(Á 16 TINTAS)

DE

DON CARLOS DE BORBÓN

publicada por la

BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA

Es el mayor y mejor retrato que se ha publicado del señor Duque de Madrid. Original de un reputado dibujante y tirado con escrupulosidad artística en una de las primeras litografías de Barcelona. No se ha omitido gasto alguno para presentar una obra acabadísima que mide 75 por 52 centímetros, siendo muy á propósito para los Círculos carlistas y para todos los que anhelan poseer un retrato de Don Carlos, de fiel parecido y artísticamente presentado.

Dicho retrato oleografía, de cuerpo entero y de uniforme de capitán general, no obstante su valor, se vende á

6 pesetas ejemplar

en la Administración de la BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA, Claris, 123, pral., Barcelona, y en casa de su corresponsal en Palma, D. Pablo Arbona, Brossa, 16.

NOTA.—No se servirá pedido alguno que no vaya acompañado de su importe, ni se responderá de su envío si no se certifica á cargo del comprador, quien deberá enviar al propio tiempo el importe del certificado.

TINTA NEGRA

PROPIA PARA OFICINAS

Se vende al menudeo á una peseta litro en la casa de los res. Amengual y Muntaner.—Cadena, 2.

PALMA.—TIPO-LITOGRAFÍA DE AMENGUAL Y MUNTANER.

mar á la señora de Pierremont la carta de su hijo.

—No es tan desgraciado como yo creía, dijo abrazándose á Egle; ¡pobre hijo!...

—Vendrá el jueves, exclamó Egle, ¡le veremos! ¿el jueves?

—Sí, querida Egle, contestó la señora de Pierremont.

Desde aquel instante Egle contó los días, las horas y los minutos. ¡Cuán lentos le parecían!

El jueves, á la madrugada, los doce alumnos de la sección de Carlos, bajaron al vestuario y se pusieron sus uniformes de gala, y bajo la vigilancia de un ayudante se embarcaron para saltar á tierra.

En la lancha, Fargeolles pronunció un discurso homérico y memorable por todos estilos. El veterano declaró sin más exordio que aquel que rehusase el ir con sus compañeros á almorzar á casa de Coquinot, sería reputado por mal amigo, mal compañero y sobre todo por indigno de pertenecer á la sección.

Coquinot era uno de los fondistas más célebres y sobre todo el privilegiado por los alumnos de marina; á bordo del *Orion* no se juraba más que por Coquinot y Juanita, la más afable de las criadas de la fonda.

Si en 1828 hubiese estado de moda la palabra *fraternidad*, indudablemente Fargeolles habría preconizado un banquete en nom-

acredita, basta con que de los buenos días para que haga reír.

Reíase pues, y á estas risas uníanse chanzonetas contra la incalificable avaricia de Carlos.

Afortunadamente llegó el bote á tierra.

Madama de Pierremont y Egle aguardaban sobre el muelle, y el joven alumno se arrojó con transporte en sus brazos.

Diez de sus camaradas saludaron al pasar.

Fargeolles conservó resueltamente el sombrero en la cabeza y dijo con voz bastante alta para ser oído por Carlos:

—¡Toma! ¡toma! no es mala la chiquita de San Novatin. Casi la preferiría á Juanita si tuviese un vestido sin remiendos, un prendido menos antiguo y un sombrero más moderno. Vaya un aire solemne....

¡Comparar á Egle con una moza de una fonda! poner en ridículo la pobreza de su madre y esto en el momento mismo de que acusaban á Carlos de ser miserable y no querer gastar un mes de paga, en locuras, en orgías!

Madama de Pierremont encontró á Carlos un poco cambiado; pero hay que recordar que se hallaba convaleciente al embarcarse á bordo del *Orion*, y así no se alarmó. Además, á pesar de las ofensivas expresiones de Fargeolles, se hallaba Carlos bajo una impresión tal de felicidad, que había desaparecido su tristeza.

añadió Fargeolles, ¿no se dignará ser de la partida? Señorita, contestad.

Carlos guardó silencio.

—¿Qué dices Pierremont? preguntó Sergette, uno de esos buenos muchachos que no tienen más mérito que su nulidad.

—Si me voy con vosotros, contestó Carlos, ¿cuándo podré ver á mi familia?

—Es verdad, dijo uno de los compañeros, ninguno de nosotros es de Brest.

—¡Excepto yo! contestó Fargeolles, yo tengo aquí mi familia; sin embargo, me iré con vosotros, seré buen chico.

Recuérdese que la pretendida familia de Fargeolles se reducía á su tutor, de quien no hacía ningún caso.

—¡Vamos, Pierremont! dijo Sergette, almuerza con nosotros; después del almuerzo te dejaremos en libertad de hacer lo que quieras.

—Imposible; mi madre y mi hermana me esperan con ansiedad.

—¡Hipócrita! exclamó Fargeolles, llora el roñoso los veinte francos que le puede costar; esta es la verdad, señores. La señorita novata es económica.

Carlos se sonrojó.

Novatina, novatona de San Novato, estos motes, siempre nuevos, lograban hacer reír, y luego era tan chistoso y bromista Fargeolles!... Desde que un bromista se